Comercio exterior, vol. 41, núm. 7,
México, julio de 1991, pp. 637-638

Estados Unidos: recesión y perspectivas de recuperación

*José Rangel**

A principios de mayo pasado la Oficina Nacional de Investigación Económica (NBER, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos decretó, de acuerdo con su papel de árbitro oficial de los ciclos económicos en ese país, que el comienzo de la recesión en curso debe fijarse en julio de 1990. El inicio del conflicto en el golfo Pérsico, con la invasión de Kuwait por parte de Irak, fue uno más de los elementos detonadores de la crisis recesiva, pero no su causa. En la misma forma, su fin no significó que la economía estadounidense entrara en un período de recuperación.

Desde fines del año pasado, cuando el Presidente de Estados Unidos y otros voceros oficiales reconocieron que la economía estaba en un nuevo período recesivo, se subrayó que su duración y profundidad serían menores, al menos, que la recesión anterior de 1981-1982 a que llevaron las medidas iniciales de política económica de la primera gestión del presidente Reagan.

Ciertamente, la actual contracción aún no alcanza la profundidad media que registraron las últimas cinco. El descenso del PNB para el promedio casi llegó a −4.5%. El decrecimiento anualizado de dicho indicador en la recesión actual llegó a −2.8% durante el primer trimestre de 1991, tras una caída de 1.6% en el último de 1990.

Desde el punto de vista regional, y al contrario de lo ocurrido en pasadas recesiones, el Medio Oeste ha sido una de la zonas menos afectadas. La caída ha resultado más grave en ambas costas y en la región sur productora de petróleo. La causa estriba en que la primera se ha beneficiado del comportamiento favorable de las exportaciones y ha evitado la crisis de bienes raíces de las áreas metropolitanas de las otras regiones.

Los componentes de la caída

El descenso del PNB en el primer trimestre de 1991, que casi duplicó al del trimestre anterior, fue producto de la profundización de la baja de la inversión fija, tanto la residencial (−26.5%) como la no residencial (−14.4%). También influyeron el retraimiento del gasto de consumo gubernamental y el aletargamiento de las exportaciones. El consumo privado, de gran peso en el comportamiento de la economía, cuya participación fue fundamental el trimestre anterior, tuvo una presencia menor en el primer trimestre del año en curso.

El sector más afectado ha sido el de la construcción, sobre todo por la baja continua de nuevas obras, tanto residenciales como de oficinas. Por otra parte, la producción de bienes ha disminui-

*Secretario académico e investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, México.

do a partir de una tendencia a la baja que se inició en el último trimestre de 1987. Desde fines de 1989 se estancó la producción y se contrajo al fin cuando concluía 1990. Los servicios, menos propensos a las oscilaciones cíclicas, se mantienen en un nivel positivo que fluctúa alrededor de su promedio para 1989-1990.

Si la recuperación se inicia a partir del segundo semestre de este año, como lo indican un buen número de proyecciones, la recesión actual podría ser una de las más leves de la posguerra. Sin embargo, los últimos datos relativos a la caída de la inversión fija suscitan dudas sobre la duración y la profundidad de la contracción. Así como la caída ha resultado suave, el comienzo de la recuperación tendrá menos fuerza que las de ciclos anteriores. Se calcula que el PNB crecerá cuando menos 2% en el primer año, esto es, menos de la mitad de la tasa de crecimiento de las últimas cuatro recuperaciones desde principios de los setenta. Y frente al pasado reciente, en esta ocasión la construcción residencial no encabezará el proceso.

El lado positivo de la recesión

La disminución del déficit comercial y el incremento de la productividad son dos resultados favorables de la presente recesión. Dicho déficit fue de 67 700 millones de dólares, anualizado al primer trimestre de 1991, es decir, un tercio por debajo del correspondiente a 1990. En marzo pasado su nivel fue el menor de los últimos ocho años, equivalente a 4 050 millones de dólares y 25% inferior al registrado el mes anterior. Este último resultado proviene tanto de la recesión, al caer las importaciones, como de un ligero aumento de las exportaciones. Sin embargo, el signo positivo puede ser de corta duración. En primer lugar, cuando la economía repunte se fortalecerá nuevamente la tendencia a importar. En segundo término, parte de esta mejoría obedece a la baja de los precios del petróleo, los cuales no seguirán disminuyendo. Además, parece confirmarse la tendencia al estancamiento del resto de las economías industrializadas, con lo cual decaerá la demanda externa de las exportaciones estadounidenses. Finalmente, ha reaparecido la tendencia a la apreciación del dólar, producto del creciente diferencial de tasas de interés entre Estados Unidos y sus principales competidores industriales. Así, la competitividad de este país disminuirá y su déficit comercial tenderá de nuevo a abultarse.

Japón continúa siendo un dolor de cabeza incurable. En efecto, a pesar de que el dólar ha experimentado la mayor devaluación frente al yen desde 1985, superior a 35%, el déficit estadounidense con este país aún significa 89% del faltante comercial total de la gran potencia.

Otro aspecto positivo de la recesión han sido los incrementos de la productividad manufacturera y de los servicios. En los ochenta Estados Unidos tuvo el menor crecimiento de productividad del Grupo de los Siete, con un promedio de 1% al año, tasa 50% menor que la que obtuvieron sus competidores. Sin embargo, durante la actual fase recesiva la productividad no agrícola ha crecido, si bien modestamente, frente a una baja tradicional en etapas comparables. La mayor ganancia se ha logrado en los servicios. En los últimos dos trimestres, el producto por hora-hombre de trabajo en la manufactura disminuyó 1.1%, aproximadamente igual a la caída típica de recesiones anteriores. No obstante, la productividad no manufacturera se elevó 1.2%, frente a tradicionales caídas de 1.5% en pasadas contracciones. Esta situación habla en favor de una mayor capacidad competitiva estadounidense y se puede proyectar más allá del inicio de la salida de esta crisis.

Las bases de la recuperación

El repunte del consumo privado será el factor en que descanse fundamentalmente la recuperación, pues aquél representa 66% del PNB. De modo adicional, las perspectivas favorables de tal demanda dispararán la inversión, con su consecuente efecto multiplicador.

Durante los ochenta el crecimiento se sustentó básicamente en el consumo privado. Más aún, durante 1983-1985 la economía se apoyó por completo en él, pues creció 4.7% al año en términos reales.

En la segunda mitad del decenio la tasa de crecimiento se desaceleró; no obstante, su promedio correspondió al de todo el período, esto es, 3% anual, superior a la del producto (2.7% en promedio para los diez años).

Este consumo sólido y sostenido tuvo tres fuentes básicas: a] un gran incremento en el empleo, de donde provienen cuatro quintas partes del ingreso disponible; b] un considerable aumento del ingreso de bienes raíces, y c] medidas fiscales de reducción impositiva que también acrecientan el ingreso disponible.

Las perspectivas de una recuperación sostenida en los próximos años sobre tales bases son, sin embargo, inciertas.

En primer término, mantener el consumo privado requerirá mayor apoyo crediticio y los bancos no han mostrado su disposición para extenderlo en forma significativa, aunque no parece existir un sofocamiento del crédito. No obstante, la banca está más preocupada por garantizar su rentabilidad y mantener una cartera de bajo riesgo que por estimular la demanda respaldándola con mayor liquidez.

Por otro lado, una mayor disponibilidad de crédito tendrá que apoyarse necesariamente en una oferta monetaria más amplia. La opinión de un número creciente de analistas sostiene la idea de que la recesión en curso tuvo entre sus causas principales una política monetaria restrictiva que se inició casi dos años antes del estallido recesivo en julio de 1990. Desde 1989 la oferta monetaria real ha estado por debajo de la inflación, y el aumento del crédito disponible dependerá de que triunfen quienes favorecen una política monetaria más laxa para estimular la economía, y no quienes combaten la inflación poniendo coto al crecimiento de los precios, a pesar del freno que ello significa para el crecimiento.

Por último, y en tanto no repunte la economía de nuevo, se detendrá el aumento salarial. Lo mismo ocurrirá con el empleo. El efecto inmediato es contener el monto total del ingreso disponible, aun cuando las consecuencias en materia de productividad y precios sean favorables. Estos elementos, aunados a una población cuyo aumento hasta el año 2000 es inferior a 1% anual, según las proyecciones, debilitan la tasa de crecimiento económico en la salida de la recesión y la hacen relativamente endeble en los años por venir. Así, cabe preguntarse si la economía estadounidense tendrá la fuerza suficiente para arrastrar a sus viejos socios, acostumbrados a depender de su vigor para crecer a su amparo. □